

LA CRISIS DEL CAPITALISMO Y SUS REPERCUSIONES EN AMERICA LATINA

Sergio ARANDA*

RESUMEN: *La actual depresión del sistema capitalista se profundizará hasta transformarse en una crisis aguda y prolongada. Los efectos sobre América Latina deberán ser, entre otros: grave disminución de la capacidad para exportar e importar, aumento de la desocupación e intensas luchas sociales. Estas generalizaciones se ponderan de acuerdo con las características y la situación particular de cada país.*

I

Naturaleza de la crisis actual

Se puede aventurar la hipótesis de que la actual depresión, la más aguda desde los años 30, va a profundizarse todavía más y a transformarse en una crisis aguda y prolongada, similar a la de aquellos años.

A diferencia de las anteriores depresiones, ocurridas después de la Segunda Guerra Mundial, en la actual se conjugan diferentes fenómenos que pueden hacer ilusoria cualquier recuperación a corto o a mediano plazo. Por una parte, las tendencias inherentes al funcionamiento del capitalismo en su etapa monopólica, vale decir, la creciente dificultad de darle salida a la acumulación. Por otra parte, las situaciones coyunturales, entendiendo por tales aquellos hechos que han venido ocurriendo en los últimos años o inclusive en las últimas décadas, que le dan especificidad a las causas de la crisis actual, a las repercusiones que provoca y a las alternativas de solución.

* Economista chileno, actualmente profesor-investigador del Centro de Estudios del Desarrollo (CENDES), Universidad Central de Venezuela.

El gigantesco desarrollo de las fuerzas productivas que ha generado el sistema capitalista encuentra el freno para su más amplia utilización en beneficio de la humanidad, en las características y contradicciones del sistema mismo. En efecto, la contradicción fundamental del capitalismo entre el carácter cada vez más social de la producción y la propiedad privada de los medios de producción y por consiguiente de la apropiación del producto, se traduce en la contradicción que existe entre el consumo y la acumulación. Aunque es cierto que es la acumulación y su materialización en las inversiones lo que amplía cada vez más el mercado, la monopolización creciente de la economía capitalista, el extraordinario incremento de la productividad y el enorme monto absoluto del excedente ha quebrado, de hecho, el mecanismo expansivo del sistema.

Parece evidente que ya hacia la década de los 20, el sistema capitalista mundial había entrado en una fase extremadamente crítica. La revolución rusa de 1917 había asestado un duro golpe. Uno de los países más importantes de Europa y el de mayor superficie en el globo se había separado del capitalismo e iniciado la construcción de una sociedad socialista.

CUADRO 1

Año	P.N.B. (miles de millones de dólares en precios constantes de 1954)	Relativas (%)
1929	181.8	100.0
1930	164.5	90.5
1931	153.0	84.2
1932	130.1	71.6
1933	126.6	69.6
1934	138.5	76.2
1935	152.9	84.1
1936	173.3	95.3
1937	183.5	101.0
1938	175.1	96.3
1939	189.3	104.1

FUENTE: U.S. Department of Commerce, *U.S. Income and Output, 1958*, citado por Stanley Bober, en *Los ciclos y el crecimiento económico*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1971.

Una expresión adicional de las dificultades del capitalismo fue la crisis de la década siguiente y no es ocioso recordar que sólo la implantación del fascismo y la subsiguiente militarización de Alemania

e Italia y la participación directa de los Estados Unidos en la conflagración mundial pudieron sacar al sistema capitalista del estado de postración en que se hallaba.

Una idea cabal de la hondura y repercusiones de la crisis da el hecho de que el producto nacional bruto de los Estados Unidos disminuyó en 30% en un lapso de 4 años y que sólo en 1939, 10 años después el producto nacional pudo comenzar a crecer. La cesantía llegó a ser del 25% y la producción industrial se redujo casi a la mitad. El cuadro 1 (p. 20) ilustra un aspecto de la crisis en los EU.

Si se considera el problema desde este punto de vista, la pregunta que habría que hacer es: ¿por qué el sistema capitalista ha podido, todavía, experimentar un crecimiento más o menos sostenido hasta ahora y hasta cuándo puede seguirlo haciendo?

El crecimiento de las economías capitalistas industriales desde fines de la Segunda Guerra ha estado sostenida por 4 vertientes distintas:

En primer término, por las consecuencias de la misma guerra en un doble aspecto:

- la demanda diferida durante los años de guerra para la reposición de maquinaria y equipos de las instalaciones productivas y de bienes de consumo duradero.
- las enormes necesidades de maquinarias y equipos de los países devastados por la guerra.

En segundo lugar, por la militarización de la economía de los Estados Unidos que acrecentó sus gastos militares en 4 ó 5 veces, en comparación con los niveles de preguerra. Esto, como es obvio, significó un poderoso estímulo a la demanda de materiales y equipos bélicos y a la de bienes normalmente destinados a satisfacer necesidades civiles.

Sin perjuicio del punto anterior, hay que agregar la participación directa de los EU en las guerras de Corea y de Vietnam, con las gigantescas demandas adicionales que proporciona a la mayor parte de las ramas industriales.

En tercer lugar, por la aparición de importantes adelantos tecnológicos en la electrónica, la química, la aeronáutica y en otras ramas, que significaron posibilidades rentables de creación de nuevas ramas industriales o de sustitución o complementación de equipos productivos. Desde el punto de vista del consumo, hay que señalar la aparición o el perfeccionamiento de nuevos bienes de consumo masivo: televisores, etcétera. La generalización de la demanda de estos bienes constituyó un estímulo significativo a la producción material. No obstante, en las últimas décadas no ha aparecido ninguna

innovación tecnológica que pueda compararse por sus efectos a la de los ferrocarriles en el siglo pasado o a la del automóvil en el siglo actual. En ambos casos su aparición y difusión provocó saltos fenomenales en variadas ramas de la producción y una fuerte aceleración en el desarrollo de toda la economía durante prolongados periodos.

En cuarto lugar, porque había países capitalistas que aún tenían reservas considerables para su expansión, las que por sí mismas no habrían sido capaces de alterar la situación del conjunto del sistema, pero que en una coyuntura favorable y prolongada han podido desenvolverse contribuyendo así a la modesta expansión del capitalismo en las 3 últimas décadas. Un ejemplo conspicuo es el del Japón.

Todos estos factores que pudieron sostener al sistema capitalista aparecen, en lo fundamental, agotados y este agotamiento determina a su vez, la paralización y la caída que se observa en todos los países capitalistas industriales. Una consecuencia inevitable del razonamiento anterior es que la depresión actual deberá profundizarse y generalizarse todavía más y que las eventuales soluciones serán costosas y difíciles, es decir, que todo apunta a un periodo de estancamiento bastante prolongado. Esta conclusión es reforzada por otras expresiones que asume la crisis.

Excepcionalmente importante en la actual situación de la economía mundial y en sus perspectivas futuras es la ruptura del sistema monetario internacional. Aunque no es un secreto que la debacle del sistema monetario no es el origen de la crisis, sería por lo menos ingenuo negar la importancia de este hecho en los próximos años y en el futuro del capitalismo.

La adopción de un sistema monetario internacional estable contribuye a la expansión del comercio internacional, a acentuar la división internacional del trabajo y ha ofrecido mayores y mejores posibilidades a los monopolios internacionales para ampliar aún más su esfera de acción. De hecho, el acuerdo de Bretton Woods posibilitó el incremento de la producción capitalista mundial.

Como es conocido, el sistema monetario internacional vigente hasta 1971, establecía la paridad entre el oro y el dólar a razón de 35 dólares por una onza de oro. Esto equivalía a que los billetes norteamericanos, emitidos por el Sistema de Reserva Federal, tuviera en la práctica, poder de compra internacional; las emisiones de dólares equivalían, dentro de límites muy amplios, a producir oro. El nuevo sistema monetario no sólo reconocía la enorme supremacía de los EUA al término de la guerra mundial, sino que le otorgaba una poderosa herramienta para acrecentar todavía más su poder.

Las enormes cargas financieras provenientes de mantener a cien-

tos de miles de soldados norteamericanos en bases en el exterior, unido a crecientes gastos en material y equipo bélico, a los esfuerzos de guerra en Corea, Vietnam y otros países significaron una carga superior a sus fuerzas. Hace ya más de una década que los EUA tienen persistentes y fuertes déficits en su balanza de pagos agravada, desde hace unos pocos años, por frecuentes déficits en su balanza comercial. El resultado fue la inundación a todo el mundo del papel moneda norteamericano lo que llevó a la caída de su valor y a la pérdida de confianza en el dólar hasta tal punto que, en 1971, el gobierno norteamericano se vio obligado a poner fin a la convertibilidad del dólar y, con ello, al sistema monetario mundial que había imperado desde 1944.

La liquidación del sistema monetario mundial obedece, además, al hecho de que la economía norteamericana debilitó extraordinariamente su posición relativa frente a los demás países industriales. Es una ley del desarrollo del sistema capitalista el crecimiento desigual de los países que lo componen. En el periodo posterior al término de la guerra, las economías de Japón, la República Federal Alemana, Francia y otros países crecieron mucho más rápidamente que la economía norteamericana, elevando en mucho su poder competitivo frente a los productos norteamericanos y disminuyendo su dependencia de las importaciones de este país. En las nuevas condiciones, los monopolios de estos países no estaban dispuestos a conceder ventajas, ahora injustificadas, a los monopolios estadounidenses.

El problema principal que plantea la desaparición del sistema monetario mundial y de la estabilidad de los tipos de cambio entre las unidades monetarias de diferentes países es que introduce elementos de inseguridad y de anarquía en el comercio internacional, lo que puede agudizar hasta el extremo los problemas de balanzas de pagos, inhibición de nuevas inversiones destinadas a bienes exportables, restricciones al comercio exterior, etcétera y como consecuencia, afectar al nivel de la actividad económica.

Otra expresión importante de la crisis actual, es el proceso inflacionario que azota al sistema capitalista mundial y que refuerza las tendencias depresivas en dos aspectos fundamentales:

- a) introduce inestabilidad adicional en los flujos de comercio exterior, y
- b) produce una redistribución regresiva del ingreso que disminuye aún más los niveles de consumo popular.

Como es sabido, aunque el fenómeno inflacionario se ha extendido virtualmente a todos los países capitalistas, los ritmos que la inflación adquiere en cada país varían grandemente, dependiendo de las con-

diciones políticas, de su estructura económica, de la estructura de su comercio exterior, nivel de organización y de combatividad de los trabajadores, etcétera.

Las tasas de inflación producidas en 1974 ilustran con nitidez esas diferencias:

CUADRO 2

	<i>Tasas de inflación en 1974 %</i>
Estados Unidos	12
Japón	28
República Federal Alemana	7.3
Francia	15.5
Italia	20
Brasil	36
Chile	500

FUENTE: diversas publicaciones.

La disparidad de las tasas de inflación entre países y las fuertes diferencias en las alzas de precios para distintos productos, generan difíciles problemas de balanzas de pagos en muchos países cuya única solución estriba en la reducción del volumen de la producción o, a veces, en la disminución del ritmo de crecimiento. Al mismo tiempo, ese hecho torna precarios los flujos tradicionales de comercio exterior y presiona hacia su disminución, así como desalienta inversiones encaminadas hacia los mercados externos.

Es igualmente conocido el hecho de que cuando existen procesos inflacionarios comienzan a producirse tendencias regresivas en la distribución del ingreso, disminuyendo el poder adquisitivo de la mayor parte de la población y fortaleciendo, por lo contrario, la acumulación. Cuando la inflación es simultánea con un proceso de depresión los efectos constrictivos sobre la demanda se acrecientan, acentuando las tendencias depresivas.

La fuerte inflación que experimentan la mayor parte de los países capitalistas parecería contradictoria con la existencia misma de la crisis. En verdad, la caída de los precios es parte integrante de la crisis. Por lo tanto, como se prevé que la crisis va a ser larga, profunda y extensa los precios deberán bajar en forma más o menos dramática. Examinemos lo que ocurre. Por circunstancias puramente fortuitas hubo dos o tres años de bajas cosechas en los países que son

los mayores productores agrícolas mundiales. Esto se entrelazó con los dos años del «boom» industrial y provocó violentas alzas en los precios. Es decir, en la actual crisis no se ha llegado todavía al punto en que se superponen la crisis industrial con la crisis agrícola. No es preciso ser un mago, sin embargo, para predecir que los precios excepcionalmente ventajosos que alcanzaron los productos agrícolas estimularon importantes aumentos en la producción y, en estos momentos, estos mayores productos se cruzan con una baja en la demanda mundial. No es sorprendente entonces que los precios agrícolas hayan comenzado a bajar en forma sostenida. Tal ocurre con el azúcar, el café, el algodón y otros. No es casualidad que en los Estados Unidos durante los últimos tres meses hayan bajado los precios a los productos agrícolas. Lo mismo ha comenzado a ocurrir con los precios de las materias primas de origen mineral. Desde mediados del año pasado han comenzado a bajar sostenidamente y, será aún peor en los próximos años. En efecto, en el futuro próximo la crisis industrial y la crisis agrícola se reforzarán mutuamente con los consiguientes efectos sobre los precios. Esto es una especificidad de la crisis actual puesto que, en la crisis de los años 30, la crisis agraria comenzó uno años antes que el «crack» financiero. Por el contrario en la actualidad el «crack» financiero e industrial precedió a la crisis agrícola.

El comportamiento de la economía mundial está determinado por lo que ocurre en su centro principal. Por lo tanto, su observación, estudio y análisis es de la mayor importancia. Aunque conocido vale la pena examinar de nuevo algunos antecedentes. No se trata, por supuesto, de intentar tal tarea en este trabajo, sino todo lo más, de apuntar algunas ideas en relación a ese tema. La crisis de la economía norteamericana es el resultado de la acumulación de las contradicciones del desarrollo capitalista llevado en ese país a su máxima expresión.

En ella aparecen, con rasgos más nítidos que en cualquier otra, algunos de los caracteres que muestran la profundidad de la crisis del sistema. La producción industrial, el sector más dinámico de las economías desarrolladas, apenas si crece a una tasa de 4.3% anual a partir de 1953 y el sector de la construcción, otro de los sectores de los que podría esperarse altas tasas de crecimiento sólo crece a razón del 3.7% anual. Una consecuencia del comportamiento de estos sectores es que el producto nacional se incrementa sólo en alrededor del 2% al año. Como es obvio, si a los dilatados periodos tomados en cuenta se añadieran los últimos dos años los resultados serían todavía más modestos.

Es decir que el país industrial más poderoso de la tierra, el más desarrollado, en el que los avances tecnológicos han sido los más relevantes, el que cuenta, además, con enormes excedentes que extrae a muchos otros pueblos del mundo, es absolutamente incapaz de poner en funcionamiento los colosales recursos que tiene de modo de proporcionar a su propio pueblo un nivel de existencia digno y decoroso. Es suficientemente conocido el hecho de que una fracción importante del pueblo norteamericano no alcanza lo que las propias autoridades de EUA han definido como un nivel mínimo de vida. A ello se agregan graves problemas de vivienda, educación, de medio ambiente, etcétera. Sin embargo, las empresas productoras no tienen demanda suficiente, subutilizan permanentemente entre el 25 y el 40% de la capacidad instalada y, en los periodos de depresión, lanzan a la cesantía a millones de trabajadores.

Un aspecto del estancamiento al que parece haberse dado insuficiente énfasis es el que se refiere a la *necesidad* del capitalismo de avances tecnológicos importantes, que sean capaces de dejar obsoletos a las instalaciones productivas existentes o bien que creen nuevas necesidades de consumo, sea sustituyendo la forma de satisfacer viejas necesidades o por agregación de otras nuevas.

No obstante, al mirar con algún detenimiento el panorama actual se observan claros síntomas de estancamiento en la incorporación de tecnologías que posean el sentido indicado.

Nadie desconoce la importancia que tuvo la industria del automóvil en la expansión del capitalismo durante varias décadas de este siglo, sin embargo, en los EUA esta rama no tiene ahora un efecto impulsor de la economía sino todo lo contrario: es un sector de rezago. Y este hecho no depende en lo absoluto del factor circunstancial del alza en los precios del petróleo sino que se advierte desde hace casi una década; como se ve en las cifras siguientes:

CUADRO 3

PRODUCCIÓN Y MONTAJE DE AUTOMÓVILES EN LOS EUA
(en millones de unidades)

	1965	1966	1967	1968	1969	1970	1971
Automóviles	9.3	8.6	7.4	8.8	8.2	6.5	8.5
Camiones	1.7	1.7	1.5	1.9	1.9	1.7	2.1
TOTAL	11.0	10.3	8.9	10.7	10.1	8.2	10.6

FUENTE: *Statistical Yearbook*, ONU, 1972.

En ninguno de los años se alcanza a un volumen de producción similar al de 1965. Si se considera que hay incrementos de la población y del ingreso en este periodo, se concluye que la producción automotriz ha llegado a ser un factor de atraso.

Por otro lado, un espectáculo similar caracteriza a las ramas de la industria de producción de otros bienes de uso duradero: refrigeradores, televisores, lavadoras, radios, etcétera. Es difícil encontrar en los últimos 20 años innovaciones realmente sustantivas en este tipo de productos o la aparición de nuevos aparatos que puedan inducir a los consumidores a reemplazar los que ya poseen.

El mercado, dado el actual nivel de distribución del ingreso, aparece saturado y no brinda oportunidades adicionales para inversiones productivas.

Un fenómeno similar al ocurrido en la economía norteamericana ha comenzado a generalizarse en otros países industrializados, es decir que también en ellos han comenzado a agotarse los múltiples efectos expansivos de la industria automotriz y de otras ramas dedicadas a la fabricación de bienes de consumo duradero. Este hecho tiende a agravar los problemas de la economía norteamericana y a generalizar y a agudizar la depresión.

Resulta evidente, al examinar las cifras del crecimiento económico de esos países, que los altos ritmos de crecimiento, característicos durante muchos años después de la guerra, se hacen cada vez más pequeños.

La creciente monopolización de las actividades económicas ha producido un doble efecto: primero, ha permitido que la tasa de utilidades del capital se haya mantenido a los mismos niveles. Al centralizarse en un puñado de empresas la mayor parte de los recursos financieros, se llevó a cabo una verdadera revolución en la producción y la productividad, llevando las plantas a escalas cada vez mayores y más rentables, introduciendo adelantos tecnológicos enormemente costosos, pero que multiplicaban la productividad del trabajo humano, mejorando en forma radical la administración y gestión empresarial.

Segundo, al limitar drásticamente los mecanismos de la competencia y al hacer mucho más conservadora la política de inversiones de las grandes empresas, la monopolización de la economía introduce una nueva contradicción fundamental en el funcionamiento del sistema: la contradicción entre el monto de la acumulación y el de la tendencia a limitar la inversión real. Como quiera que la inversión es, realmente, el motor del desarrollo capitalista, lo que hay ahora es una

máquina defectuosa que tiende a detenerse cada vez con mayor frecuencia.

Como es obvio, esta contradicción subsistirá en tanto sigan vigentes los actuales modos de apropiación y uso del excedente y de distribución del ingreso. Mientras la explotación de los trabajadores y la apropiación por el capital de la plusvalía producida por aquéllos tenía como resultado esencial la reproducción ampliada del sistema, el capitalismo obedecía a una necesidad del desarrollo de la humanidad. Ahora, la apropiación del excedente por la burguesía no sólo no lleva a expandir la producción sino a frenarla.

Tal como se afirmó antes todo apunta a una crisis prolongada, profunda y extensa de la cual no se está sino en los prolegómenos. Deberá agudizarse mucho más y afectar severamente y durante varios años a países que hoy recién comienzan a sentir sus efectos. Esto no significa, de ninguna manera, que el sistema como tal haya llegado aún a su término, sino que las salidas a la crisis serán más largas, difíciles y costosas.

II

La experiencia de la crisis de 1930 en los países subdesarrollados de América Latina

El análisis de la crisis actual y de sus eventuales consecuencias en los países subdesarrollados presenta excepcional interés para diferentes sectores sociales: políticos, economistas, trabajadores, empresarios, etc. Es razonable pensar que cada grupo social tendría interés en aspectos más o menos particulares del análisis o de las previsiones que se hacen, no obstante, este trabajo se circunscribe a tratar de poner de relieve sólo los rasgos más sustantivos de ambos fenómenos. Si ese propósito se logra, aunque sólo fuese en forma parcial, habríamos logrado nuestro objetivo.

Aunque por diferentes razones la crisis actual no podría ser similar a otras crisis anteriores del sistema capitalista mundial no resulta ocioso tratar de sistematizar algunas ideas en torno a las experiencias surgidas de la crisis anterior, es decir, a la crisis de los años treinta.

La enorme expansión del sistema capitalista mundial durante las últimas décadas del siglo pasado y las primeras de este siglo, proporcionó a las clases dominantes de algunos países latinoamericanos la oportunidad para un vigoroso crecimiento. Si bien estas posibilidades se sustentaban en el crecimiento de la producción agropecuaria, sería

profundamente erróneo subestimar su importancia. En primer término, porque durante muchos años constituyó la forma principal que asumió el desarrollo capitalista en esos países. En el sector agropecuario se volcaron enormes cantidades de recursos orientados a la ampliación de la frontera agrícola, a la transformación de bosques en praderas y en campos de cultivo, a la construcción de la infraestructura de apoyo: caminos y vías férreas, puertos, obras de regadío, canales, frigoríficos e instalaciones de distinta índole. Los excedentes generados en la agricultura y, en su caso, por actividades mineras, proporcionaban los recursos necesarios. Sobre la base de la expansión agrícola se desarrollaban con amplitud otros sectores de la burguesía: financiera, comercial-importadora, construcción, etcétera. Más lentamente, y en forma subordinada, iba estructurándose un sector industrial reducido y semiartesanal, el que hacia 1930 había alcanzado cierta dimensión, sobre todo en algunos países. Las clases dominantes preferían satisfacer sus necesidades de productos industriales a través de las importaciones, lo que les daba acceso a productos más o menos sofisticados, de calidad y a precios ventajosos. Para lograrlo practicaban una política librecambista. En tales condiciones era virtualmente imposible el desarrollo de industrias nacionales.

Es indudable que el esquema tenía racionalidad, tanto desde el punto de vista de las clases dominantes latinoamericanas como en mucho mayor grado, para los países imperialistas, principalmente Inglaterra. Sólo la limitación de divisas y en casos excepcionales de costos competitivos impulsaba, a veces, la producción industrial de ciertos renglones. Es conocido, además, que en las pocas oportunidades en que sectores oligárquicos de algunos países de América Latina pretendieron intentar un camino diferente, encontraron una oposición tan tenaz de los centros industriales, que se vieron obligados a abandonar esos esfuerzos.

Algunas cifras que se dan a continuación ilustran el proceso anterior (ver p. 30)

Como puede verse, en Argentina la superficie sembrada aumentó en sólo nueve años de 1900 a 1909 en 10.1 millones de hectáreas, y a los veinte años que van de 1909 a 1929 en otros 9.7 millones de hectáreas. Otro indicador bastante expresivo es el que la longitud de las líneas férreas se haya duplicado en apenas trece años.

En el caso de Chile, que tiene una superficie mucho menor, los aumentos de la superficie sembrada son menos espectaculares, pero también significativos; la superficie sembrada más que se duplica en dieciocho años, de 1910 a 1928.

CUADRO 4
ARGENTINA

Año	Superficie sembrada (millones de hectáreas)		Longitud de vías férreas (kilómetros)
	Total	Granos	
1900	6.1	4.1	16 563
1909	16.2	11.3	24 781
1913	20.2	14.0	32 494
1929	25.9	19.4	37 583

FUENTE: CEPAL, *Informe Económico de América Latina*, 1949.

CUADRO 5
CHILE

Año	Superficie sembrada (miles de hectáreas)	
	Total	Trigo
1910	538.1	330.3
1928-29	1 140.4	693.9

FUENTE: CEPAL, *Informe Económico de América Latina*, 1949.

El motor que impulsa el desarrollo agrícola de estos países es el aumento de la demanda mundial de productos agrícolas. No obstante, la demanda es irregular, cíclica y comenzaba a hacerse perceptible un sostenido debilitamiento.

Hacia fines de la década de los 20 y en los primeros años de los 30, la crisis que azotaba a los países capitalistas industriales se extendió a todo el sistema, es decir, a los países subdesarrollados. La crisis se propagó por la vía del comercio exterior.

Bajaron en forma aguda la demanda y los precios de los productos de exportación de los países dependientes. Esto no ocurrió en forma instantánea sino en un proceso gradual que duró varios años. Creo que es importante enfatizar el hecho que la crisis se desarrolló a lo largo de varios años y que lo peor no ocurrió al comienzo sino varios años después. La evolución de algunos precios mundiales muestra este hecho con nitidez.

CUADRO 6
PRECIOS MUNDIALES DE ALGUNOS PRODUCTOS

Año	CAFÉ	ALGODÓN	COBRE
	Precios pagados al productor Cruzeiros × Kg.	Precios pagados al productor Cruzeiros × Kg.	Centavos de dólar por libra
1925	3.27	3.35	14.042
1926	2.57	2.15	13.795
1927	2.27	2.70	12.920
1928	2.66	3.15	14.570
1929	2.63	2.71	18.107
1930	2.12	1.98	12.982
1931	1.04	2.10	8.116
1932	1.19	3.02	5.555
1933	1.16	2.89	7.025
1934	1.16	2.85	8.428
1935	1.39	3.27	8.648
1936	1.42	3.37	9.474
1937	1.35	3.40	13.167
1938	1.44	3.44	10.000

FUENTE: CEPAL, *Informe Económico de América Latina*, 1949.

Los precios cayeron mucho más agudamente que la producción agrícola. Como es obvio, los agricultores se resistían a bajar la producción ya que sus ingresos y sus ganancias dependían, las más de las veces, del volumen. La esperanza de que los precios fuesen mejores en la próxima cosecha los hacía reducir las siembras con lentitud. El resultado fue el progresivo endeudamiento, la insolvencia y la ruina.

Al prolongarse, la crisis determinó la reducción de cultivos, el abandono de plantaciones, la disminución drástica de atenciones culturales, en suma, arrojó a la cesantía a millones de personas. La desocupación, la desnutrición y el hambre hacían estragos en campos y ciudades. Las zonas mineras fueron también brutalmente afectadas provocando el éxodo de los cesantes hacia pueblos y ciudades.

El modelo de crecimiento adoptado por las clases dominantes de América Latina se había roto. A partir de entonces comienza una nueva etapa.

En efecto, para la burguesía agraria y para otros sectores de la burguesía que se habían ensanchado sobre la base del desarrollo agropecuario la crisis de los años treinta significó el agotamiento de la vertiente de su expansión sistemática. ¡Era necesario, pues, explorar otras posibilidades!

La misma crisis, proporcionó nuevas rutas. La caída de los precios de los productos de exportación y de los volúmenes exportados se tradujeron en una agudísima disminución de la capacidad para importar y en el imperativo de reducir drásticamente las importaciones habituales. Hubo que disminuir las importaciones de alimentos, de materias primas, bienes intermedios, máquinas, equipos y herramientas. Las cifras que siguen muestran la magnitud de disminución de las importaciones:

CUADRO 7

ARGENTINA: IMPORTACION DE LAS PRINCIPALES CLASES DE MAQUINARIA AGRICOLA

Año	Tractores (unidades)	Máquinas cosechadoras (unidades)	Sembradoras (unidades)
1929	2 754	3 000	31 743
1930	2 041	2 011	27 378
1931	253	305	2 418
1932	4	176	207
1933	7	7	451
1934	26	497	1 228
1935	82	1 500	3 227
1936	682	580	6 633
1937	3 300	1 443	10 149

FUENTE: CEPAL, *Estudio Económico de América Latina*, 1949.

CUADRO 8

CHILE

Año	Importaciones de bienes de capital (Millones de pe- sos de 6 d) ^a	Índice del volumen físico de las impor- taciones totales 1937=100
1929	377.4	206.1
1930	384.5	190.0
1931	181.8	100.2
1932	30.8	35.9
1933	30.2	39.1
1934	57.5	53.4
1935	110.8	78.4
1936	132.5	88.9

^a a precios constantes de 1940 (6 peniques por peso)

FUENTE: CEPAL, *Estudio Económico de América Latina*, 1949.

CUADRO 9

BRASIL

Año	Importaciones de bienes de capital (Millones de cru- zeiros a precios de 1937)	Índice del volumen físico de las impor- taciones totales 1937=100
1929	2 034.8	130.1
1930	1 127.8	79.0
1931	449.5	51.9
1932	447.8	46.6
1933	725.8	64.7
1934	901.8	71.3
1935	1 146.7	79.5
1936	1 159.2	82.5

FUENTE: CEPAL, *Estudio Económico de América Latina*, 1949.

Las cifras precedentes sugieren varias reflexiones.

1.—Que la disminución de importaciones no es pareja sino que afecta en mucho mayor grado a los bienes de capital. En Brasil, por ejemplo, mientras que el volumen físico del total de importaciones baja en 65%, las importaciones de bienes de capital disminuyen en el 78%; en Chile, mientras las primeras se reducen en 83%, las segundas en 92%.

2.—Que la crisis iniciada en los países industriales no sólo afecta gravemente a la economía de los países dependientes sino que se revierte de nuevo sobre los países industrializados por la severa disminución de las importaciones provenientes de ellos, y que agudiza la crisis del centro.

3.—Que aun después de siete años, las importaciones no habían recobrado los niveles de pre-crisis. Cuando comenzaban a recuperarse vino la guerra y las importaciones se redujeron de nuevo en forma brutal.

La imposibilidad de mantener el nivel de importaciones de pre-crisis afectó seriamente los niveles de todas las actividades económicas y del consumo. Se crearon agudos cuellos de botella en el abastecimiento de insumos, repuestos, equipos y bienes de consumo, aun para asegurar niveles de actividad reducidos. El capital fluyó rápidamente a estos sectores, ampliándolos y fortaleciéndolos, revitalizando

el sector industrial existente, dando origen a lo que ha sido llamado después el proceso de sustitución de importaciones.

Cabe aquí hacer algunas consideraciones adicionales.

El proceso de industrialización en América Latina no fue el resultado de análisis más o menos inteligentes, o de previsiones más o menos acertadas sino el resultado lógico, necesario, de las nuevas condiciones creadas por el desarrollo de las fuerzas productivas en los países imperialistas.

Las distintas capas de las burguesías criollas en un desesperado esfuerzo por sobrevivir, iniciaron un proceso de readecuación de las estructuras económicas vigentes hasta 1930. En la fase inicial, ni la burguesía ni el imperialismo estaban interesados en provocar el cambio; éste fue forzado, inevitable y constituyó la respuesta de las clases dominantes nativas a los efectos que sobre sus intereses ejercía la crisis mundial.

Las condiciones para hacerlo eran extremadamente difíciles. A las dificultades financieras de importantes sectores de la burguesía derivadas de la falta de mercado, debe añadirse el hecho de que con la crisis se aumenta el grado de explotación de los países subdesarrollados. Ello se manifiesta con claridad en la evolución de los términos del intercambio, esto es, del comportamiento de los precios de exportación comparado con lo que ocurre con los precios de las mercancías importadas.

CUADRO 10
AMÉRICA LATINA

Año	Índice de precios de exportación	Índice de precios de importación
1928	100.0	100.0
1929	92.1	98.3
1930	73.4	95.0
1931	50.1	71.0
1932	43.5	63.9
1934	66.3	67.3
1935	63.1	76.4

FUENTE: Cuadro confeccionado sobre la base de datos del *Estudio Económico de América Latina*, 1949. CEPAL.

Durante todos esos años los precios de las mercancías exportadas por América Latina bajan sistemáticamente más que los precios de los artículos de importación, es decir, que los países industrializados y los Estados Unidos en forma particular, traspasaron a los pueblos subdesarrollados la parte mayor de las consecuencias de la crisis.

A su vez, las burguesías de América Latina aumentaron la explotación de los trabajadores mucho más y redujeron los ingresos de las capas medias, principalmente, los ingresos de los empleados.

La quiebra del esquema de desarrollo económico vigente hasta esa coyuntura significó no sólo cambios en la estructura económica de algunos países latinoamericanos sino cambios decisivos en la balanza de poder de los distintos sectores de la burguesía. En consonancia con ello se gestaron nuevas alianzas de clases destinadas a impulsar, facilitar y poner en práctica las reformas necesarias. A estas alianzas se incorporan, a veces, los sectores populares, ya sea a través de la participación formal de los partidos de base popular o de nuevos movimientos de carácter populista. Esta participación no es sorprendente. Si se tiene en cuenta la época en que se realiza, las condiciones políticas imperantes, el grado de organización de los trabajadores y sus niveles de conciencia, no puede sorprender que apoyaran proyectos políticos encaminados al desarrollo del capitalismo nacional.

Hay una curiosa coincidencia en los movimientos políticos de la época con las caídas de las dictaduras de Machado, en Cuba; de Ibáñez, en Chile; de Gómez, en Venezuela, etcétera.

Las convulsiones sociales y políticas que provoca la crisis y los cambios que trae consigo desatan movimientos políticos de gran amplitud. Ejemplos de ello son el de México, el del Frente Popular en Chile, el movimiento peronista en Argentina, el del Partido del Trabajo en Brasil, etc. Es cierto que al término de la 2a. Guerra, en las condiciones de la guerra fría y de la presente inminencia de una nueva guerra, los movimientos populares y democráticos fueron aplastados en casi todos los países, dando origen a nuevas dictaduras: Batista, Pérez Jiménez, etcétera.

Lo que se quiere destacar, sin embargo, es que una de las consecuencias de la crisis fue el ancho cauce abierto a las luchas sociales y políticas y la incorporación masiva de la población a esos acontecimientos.

La participación de la clase obrera y de otros importantes sectores populares en las alianzas de poder impele, a veces, a las clases dominantes a tomar medidas que van mucho más allá de lo que éstas quisieran y las obligan a replantear las condiciones de su alianza con el imperialismo. Esto ocurre en forma notoria en el caso del petróleo

venezolano, del cobre chileno y en otros casos y, en su forma más extrema, con la nacionalización del petróleo mexicano.

Por supuesto sería un grave error generalizar para todos los países latinoamericanos los análisis anteriores.

La crisis se hizo sentir en diferente grado y en distinta forma según las modalidades específicas de vinculación de los países dependientes a los centros imperialistas. Estas diferencias determinaron a su vez, la respuesta de las clases dominantes de acuerdo a las condiciones objetivas que provocaba la crisis en cada país y el carácter de los movimientos de las demás clases y capas sociales.

Para unos pocos países subdesarrollados la crisis abrió posibilidades de acelerar su propio desarrollo capitalista. Para que ello ocurriera, tenían que darse algunas condiciones mínimas:

- a) Fuentes internas de acumulación capaces de ser transferidas al sector industrial y de financiar la infraestructura básica.
- b) Un proceso de industrialización ya iniciado, que fuese capaz de constituir la base de una rápida ampliación. Esto supone la existencia de núcleos de burguesías industriales capaces de imponer las políticas necesarias para su ampliación y fortalecimiento.
- c) Que las restricciones de balanza de pagos fueran lo suficientemente severas para obligar a las demás clases dominantes a encarar las readecuaciones requeridas.

Una condición más general fue que la coyuntura fuese lo suficientemente larga como para que el proceso de cambio pudiera ampliarse y consolidarse, tanto en términos económicos como políticos. El hecho de que la crisis se enlazara con la Segunda Guerra Mundial y con el período de readecuación de la economía de guerra a la economía civil, proporcionó a estos países un lapso de casi 20 años, suficiente como para que las transformaciones realizadas se tornaran irreversibles.

En América Latina sólo en muy pocos países se dieron las condiciones para aprovechar la coyuntura y acelerar la extensión y profundización del desarrollo capitalista: México, Brasil, Argentina, Chile, Colombia y con algún retraso Venezuela.

En todos los demás, las condiciones internas no permitieron cambios estructurales de importancia. La crisis se expresó como en los anteriores en la ruina de los productores, cesantía, desnutrición y hambre para vastos sectores populares, pero esos atroces sufrimientos sociales no tuvieron como resultado el abrir más anchos cauces al progreso económico y social.

Por el contrario al no haber ninguna solución a la crisis dentro del sistema, las oligarquías impusieron férreas dictaduras capaces de reprimir con ferocidad las luchas de los trabajadores que pedían una solución a sus angustiosos problemas. En aquellos años no existían condiciones para la ruptura del sistema y sólo hubo un caso en el que por la conjugación de factores muy especiales el pueblo pudo derrotar al capitalismo e iniciar la construcción del socialismo: Cuba.

Como ya se ha dicho, una característica singular de este período en América Latina fue de que la ampliación y vigorización del desarrollo capitalista se hizo con un claro sentido nacional, reflejando así el hecho de que el proceso correspondía a un esfuerzo de acumulación interna, dirigido a satisfacer el mercado interior y, por lo tanto, debilitando la dependencia de los países imperialistas. Sin embargo, el aflojamiento de la dependencia no duró largo tiempo. Inmediatamente después de terminada la guerra mundial los monopolios norteamericanos se plantearon la tarea de controlar y apoderarse del nuevo sector industrial. De otro lado, las restricciones a las importaciones que habían impuesto los gobiernos latinoamericanos hacían cada vez más difícil la entrada a estos mercados de algunos productos norteamericanos. Mediante aportes de capital, arrendamiento de patentes, supervisión técnica y otras modalidades, el capital imperialista penetró con rapidez en el sector industrial. De ahí al control completo fue cosa de pocos años.

Para financiar el ulterior desarrollo de las economías latinoamericanas las burguesías criollas habrían tenido que hacer cambios importantes en la distribución del ingreso y, en general, en la orientación de los recursos financieros. Ello habría implicado ásperas confrontaciones sociales entre grupos interburgueses, restricciones dentro de la propia burguesía y conflictos adicionales con los trabajadores. En su incapacidad de llevar hasta el final las transformaciones necesarias a su propio desarrollo, la burguesía aceptó el papel de socio menor de los monopolios norteamericanos, cediendo el control, la dirección y la orientación en todas las industrias más importantes. Más aún, en realidad la mayor parte del financiamiento no provino de aportes externos sino que resultó fruto de la acumulación interna, puestos a disposición de los monopolios extranjeros a través del sistema bancario, o de los órganos nacionales de promoción del desarrollo o de los mismos gobiernos latinoamericanos.

La propiedad y control de numerosas empresas industriales en América Latina y en otras regiones del mundo proporcionó la base objetiva para un nuevo perfeccionamiento en el manejo del capital monopolístico internacional: la empresa transnacional. Vemos ahora a

las empresas transnacionales decidiendo qué ramas o sectores industriales desarrollan en tal o cual país, hacia dónde transferir los excedentes que se generan en sus actividades, qué políticas de precios y de rentabilidad hay que seguir en determinados países. Si desde el punto de vista del capital monopólico esto representa un salto hacia una mayor racionalidad, para los países y los pueblos subdesarrollados significa la completa enajenación de su soberanía en un ámbito decisivo: el del desarrollo económico y, representa, al mismo tiempo una contradicción cada vez más aguda entre las burguesías que han entregado la soberanía y los pueblos que quieren construir su propio destino.

La organización de las empresas transnacionales entraña una fuerte contradicción entre la creciente racionalidad que le imprime a la empresa, y la irracionalidad que introduce y refuerza en el sistema como un todo. En efecto, al localizar plantas y fábricas en diversos países y regiones geográficas para utilizar en su provecho los bajos salarios en estos lugares, realizan de hecho una política de enclaves industriales sin promover o sin desatar un crecimiento vigoroso en los países elegidos. Al contrario, es ampliamente conocido que las transnacionales desarrollan su propia política de integración industrial, la que sólo es factible cuando esa integración no se realiza al interior de cada país; más aún, se oponen con tenacidad a que los países lleven a cabo políticas de integración interna.

Así, constriñen el desarrollo de las fuerzas productivas de todos los países del Tercer Mundo, limitan la expansión del mercado mundial e inhiben, a la postre, su propio crecimiento. Este fenómeno corresponde a la lógica interna del sistema.

Las perspectivas para los países latinoamericanos que deriven de la crisis actual están condicionadas por el curso que, a nivel mundial, tomen los países industriales en sus esfuerzos por resolver la situación planteada.

III

Perspectivas de la economía mundial

En las primeras páginas de este trabajo se expresaron algunas ideas acerca de la naturaleza de la crisis actual y de su inevitable ampliación y profundización. Hablando en términos más generales y más rigurosos, lo que está ocurriendo es una *agravación* de la crisis iniciada hace varias décadas, la que ni siquiera se interrumpe en los

años de más acelerado crecimiento de la economía norteamericana o de otros países industriales avanzados.

Como es obvio, nos referimos a la crisis del *conjunto* del sistema y no a la de los países hegemónicos aislados.

Esto se manifiesta, en primer término, en el progresivo desgajamiento de países que emprenden el camino de la construcción del socialismo. A la Unión Soviética sigue, como resultado de la Segunda Guerra Mundial, un grupo de países del Este de Europa y del Lejano Oriente. Posteriormente, a China se suma Argelia, Cuba y otros países y ahora Viet-Nam y Camboya. Sin duda que habrá en el futuro muchos otros ejemplos. En segundo, porque lo que queda del sistema capitalista experimenta contradicciones cada vez más difíciles de superar. A pesar de que en los últimos años el crecimiento de la base material del sistema capitalista ha sido más bien modesto, ni siquiera ha podido mantenerse más o menos estable sino que ha estado sujeto a periódicas recesiones para entrar ahora en una crisis de envergadura.

Tercero, para la gran mayoría de los países dependientes del sistema, el capitalismo no tiene nada que ofrecer y la única vía que surge para lograr el progreso social es la del socialismo.

Hay muchos ejemplos actuales de sociedades que sin romper del todo con el capitalismo tratan denodadamente de buscar soluciones alternativas.

Lo importante no es destacar los posibles errores de conducción política que existen en esos ejemplos sino el hecho de que son las primeras manifestaciones de ruptura. Esto es aun más valedero si se toma en cuenta que la mayor parte de esos esfuerzos son encabezados por la burguesía o por sectores de ella.

Cuarto, que en la lucha que se libra a nivel mundial entre el socialismo y el capitalismo, no caben dudas de que el socialismo se hace cada vez más poderoso y el capitalismo cada vez más débil y menguado.

Por grave, larga, extensa y profunda que sea la crisis actual nadie pretende, sin embargo, que el capitalismo esté enfrentado a un súbito derrumbe. Los monopolios y las burguesías no han agotado todavía todas sus posibilidades. El imperialismo y las clases dominantes de todos los países harán increíbles esfuerzos por mantener sus privilegios y su dominio político. Resulta obvio que ante ellos se abren diferentes alternativas de acción, aunque algunas de las eventuales salidas pudieran aparecer hoy como inviábiles desde el punto de vista de las actuales correlaciones políticas. No obstante, resulta de meridiana claridad que los próximos años verán modificaciones sustantivas en

los actuales alineamientos de fuerzas internas y a niveles internacionales.

Aunque cualquier intento de explorar el porvenir es extraordinariamente complejo, creo que las alternativas reales no son tantas y, en lo esencial, pueden ser reducidas a cuatro.

- a) que el sistema se enfrente a una declinación sostenida, con leves períodos de recuperación, para volver a caer una y otra vez en el marasmo;
- b) que los países industriales de mayor peso específico lleven a cabo reformas que, ampliando considerablemente el poder adquisitivo de sectores masivos de la población, den un nuevo impulso a la demanda y estimulen la reproducción ampliada, con lo que podrían dar oxígeno al sistema por dos o tres décadas más;
- c) que estalle una guerra mundial o guerras limitadas lo suficientemente amplias capaces de promover una recuperación económica inmediata.
- d) que aparezca alguna innovación tecnológica de envergadura y efectos similares a la de los ferrocarriles en el siglo pasado o a la del automóvil en el siglo actual.

A continuación se examinará cada una de ellas con mayor detenimiento.

La primera alternativa no puede tener vigencia en plazos largos. Aun cuando efectivamente ocurriera así durante algunos años, el desarrollo de las luchas sociales y políticas que sobrevendría, llevaría inexorablemente a la polarización de la sociedad en proyectos políticos destinados a superar la situación de retroceso y estancamiento y a transformar esta alternativa en una de las que siguen:

La segunda, esto es la posibilidad de implantar algunas reformas parece la más plausible. Se refiere a la búsqueda e implantación de mecanismos destinados a ampliar la demanda sin alterar nada de lo que es esencial al sistema. Si se tiene en cuenta que la ampliación de la demanda por la vía de aumento de los gastos militares llegó virtualmente a un máximo y que la ampliación del gasto fiscal deficitario choca con los esfuerzos anti-inflacionarios, pareciera que el nudo de las reformas estarían orientadas a lograr una satisfactoria redistribución del ingreso de modo de lograr importantes efectos multiplicadores. Tal tipo de reformas aunque puedan provocar una cierta reactivación de la economía son muy limitadas en el tiempo. En efecto, de la propia naturaleza del sistema surge la tendencia a la concentración, a la monopolización de las actividades productivas y fi-

nancieras y a la concentración del ingreso, por lo tanto, una "solución reformista" lleva en su seno su propia destrucción que conduce a la reaparición del problema medular.

La posibilidad de una «solución reformista» en algunos países estará condicionada por el desarrollo de las luchas sociales y políticas, por las posibilidades objetivas que tal tipo de medidas puedan, realmente, promover una reactivación. Para algunos países la alternativa pudiera ser mucho más tajante: o un camino revolucionario o la implantación del fascismo o, al menos, de una dictadura prolongada. Creo que los términos en que se dé estarán muy influidos por la reciente polarización de las fuerzas políticas en cada país, es decir, que en países que ya han avanzado por la vía del reformismo probablemente la agrupación de fuerzas se dé en torno a los extremos.

En cualquier caso habrá que tener presente que la crisis acentuará la tendencia a la monopolización a través de la liquidación de centenares de miles o de millones de pequeñas y medianas empresas y que el resultado inmediato de un fenómeno semejante es la de la concentración del ingreso.

Es posible, por ejemplo, que esta alternativa pudiera ser viable en los Estados Unidos, en cuyo caso, sus efectos económicos tendrían una significativa incidencia en muchos otros países. No ocurrirá esto bajo la administración de Ford, pero pudiera serlo en un próximo gobierno demócrata en año y medio más o en cinco años más. Lo que se quiere decir es que probablemente haya sectores de la propia burguesía norteamericana que a la vuelta de algunos años, estén dispuestos a hacer concesiones temporales.

La tercera alternativa, es decir la posibilidad de una guerra mundial o de guerras limitadas, está estrechamente vinculada al triunfo del fascismo en algunos países industrializados. Parece improbable, que en las actuales condiciones pueda desatarse una guerra mundial, que sólo podría tener como protagonistas centrales a la Unión Soviética y a los Estados Unidos, sin que previamente se imponga el fascismo en Estados Unidos. Un pueblo que acaba de rechazar la prolongación de la intervención militar en Vietnam, difícilmente podría ser arrastrado a un conflicto infinitamente más duro y peligroso sin modificar el status político del país en forma radical. Esto es un peligro real, el mayor que afronta la humanidad, y que sólo la lucha del propio pueblo norteamericano puede evitar. En caso de que, a pesar de todo, pudiera ocurrir, las terribles destrucciones que implicaría, invalidan muchas de las reflexiones anteriores.

Existe, además, la posibilidad de guerras limitadas. La extensión de la crisis y las medidas proteccionistas que se verán forzados a adop-

tar la mayoría de los países pueden constituir un excelente caldo de cultivo para ir envenenando la atmósfera y para crear las condiciones objetivas y subjetivas que faciliten el desencadenamiento de conflictos bélicos limitados, tanto entre países industrializados como entre países subdesarrollados y dependientes. La ocurrencia de guerras limitadas tal vez no signifique una nueva expansión de la economía del sistema, pero sí podría contribuir a resolver problemas de supervivencia de la burguesía en determinados países. También en este caso es válida la necesidad de modificar las condiciones políticas para sostener tal tipo de conflictos.

La cuarta alternativa, aquella de la implantación de innovaciones tecnológicas capaces de promover una fuerte expansión a una o varias ramas de la economía y, a través de ellas, a la totalidad de la economía no parece factible. Como tantas veces se ha dicho, la aplicación y generalización de las innovaciones tecnológicas tropieza con la mecánica de funcionamiento del proceso de inversiones de los monopolios. Éstas, justamente, por su posición monopolística *no están forzadas* a introducir las nuevas tecnologías como lo estaban las empresas en su fase competitiva o, en todo caso, pueden tener una política de inversiones mucho más conservadora. Ni siquiera la coyuntura particular de la necesidad actual de promover nuevas fuentes de energía alcanza la magnitud suficiente como para producir efectos amplios y duraderos.

No es fácil que algunos de los actuales países industrializados puedan, como una consecuencia de la crisis, emprender una revolución socialista. Esta podría ser incluso la causa inmediata de una Tercera Guerra Mundial. Sin embargo, no es posible descartar por completo tal posibilidad. Cómo se llega a ella y qué características puede tener, sólo se resolverá en el curso de los años venideros. De lo que no cabe duda es que las condiciones objetivas para las transformaciones socialistas están madurando con excepcional rapidez y que la prolongación y agudización de la crisis prestarán alas a las luchas sociales y políticas. La existencia y creciente solidez económica y militar de los países socialistas y su también creciente influencia política facilitan la transición del capitalismo al socialismo. La más reciente prueba de ello son las victorias de los pueblos del Sudeste Asiático: Vietnam y Camboya.

No hay mucha base para pensar que se está ante el umbral de una reorganización del sistema capitalista a nivel mundial o que vayan a surgir nuevas formas que permitan un vigoroso desenvolvimiento de las fuerzas productivas. Podrá limitarse en algunos aspectos el funcionamiento de las empresas transnacionales y aminorarse

en parte algunos de los problemas que provoca. Pero la lógica interna del sistema hace que sea imposible su eliminación. De igual modo es previsible que se mantengan lo esencial de la actual división internacional del trabajo y los modos específicos de vinculación que ella plantea entre los países imperialistas y los países dependientes. Con optimismo pudiera pensarse en que se produzca una relación más favorable para los países productores de materias primas, sin embargo, salvo casos excepcionales, tampoco esto daría perspectivas muy halagüeñas a los países dependientes.

Los mecanismos de explotación de los pueblos subdesarrollados son tan extensos, articulados y complejos, que el solo mejoramiento de los términos de intercambio de las materias primas, aunque muy positivo, sólo rasguña la superficie del problema.

IV

¿Qué va a ocurrir en América Latina?

Las pasadas experiencias, si bien entregan valiosos antecedentes, no significan en modo alguno que pueden ser simplemente proyectadas a la situación actual. El lapso transcurrido desde 1930 ha introducido cambios significativos en la estructura económica de muchos países dependientes y en el modo de funcionamiento del imperialismo, de manera que los efectos que pueda tener la crisis actual sobre los primeros merecen un análisis detenido. Es oportuno, entonces, examinar los cambios acaecidos y las diferencias esenciales y hacer una evaluación gruesa.

Cuarenta y cinco años después de haberse quebrado el modelo agrario exportador es posible evaluar los resultados obtenidos con el modelo alternativo, vale decir, con el modelo de sustitución de importaciones.

En primer término, es importante destacar que de todos los países latinoamericanos sólo tres han logrado algunos éxitos en esa dirección: México, Brasil y Argentina. Para todo el resto el modelo quedó virtualmente trunco, no pudiendo ir más allá de un cierto límite en la sustitución de importaciones.

Segundo, en tanto que el modelo agrario exportador desarrolla como clases fundamentales a la burguesía agraria y a los obreros agrícolas y campesinos y, por lo tanto, la esencia de los conflictos sociales se da en torno a la tierra; en el nuevo modelo al desarrollar a la burguesía industrial y al proletariado, los conflictos sociales comienzan a cuestionar al sistema en su conjunto.

Tercero, en el nuevo modelo las conexiones económicas y políticas con los países imperialistas se difunden mucho más y la dependencia se ensancha y profundiza. De ahí que cualquier movimiento de carácter revolucionario o simplemente de carácter nacionalista tenga que ser forzosamente antimperialista.

Cuarto, el nuevo modelo ha resultado mucho menos satisfactorio que el anterior, generando una intensa migración campo-ciudad, desempleo creciente y fuertes tendencias al estancamiento económico.

Los cambios en la estructura de la economía se reflejan en la estructura de clases y en los de la ocupación:

- a) Así, la composición de la ocupación se ha modificado notablemente, reduciéndose la parte de la población que depende de la agricultura y acrecentándose, en cambio, la población vinculada a la industria, servicios, comercios, transporte y construcción; en consonancia con este hecho la proporción urbana de la población ha subido al 70 por ciento o más.
- b) Ha habido una fuerte expansión del sector industrial, y una progresiva desnacionalización; esto es, de un sector industrial reducido pero de propiedad de nacionales ha pasado a un sector industrial más amplio y diversificado, pero en el que todas las ramas claves son subsidiarias de empresas transnacionales. Más aún, este tipo de filiales no son sólo de propiedad extranjera, con lo que los mecanismos de decisión obedecen a intereses foráneos, sino que además son dependientes de esas mismas empresas en cuanto a tecnología, importación de insumos y, con frecuencia, de los mismos mercados de venta.
- c) En algunos países, la burguesía le ha asignado al Estado a través de empresas estatales la construcción y preparación de la infraestructura necesaria para el desenvolvimiento industrial, como la energía, los transportes, etc., incluso le ha asignado a empresas estatales la producción de insumos básicos para el desenvolvimiento de ciertas ramas industriales como la producción de acero, de algunos productos de química básica u otros. Sin embargo, en la mayoría de estos casos, las empresas estatales venden productos al sector privado al costo o subsidiados y es el sector privado, nacional o extranjero, quien se apropia del excedente. De hecho funciona como un mecanismo de transferencia de excedentes de toda la población hacia los empresarios.

El descenso actual de la actividad económica que, de acuerdo con la hipótesis inicial, se prevé que será agudo y prolongado, deberá traducirse en una baja de la demanda de materias primas y de sus

precios. Tal vez la única excepción será el petróleo y sus derivados. Es decir que las actividades vinculadas a la exportación deberán reducirse. Las implicancias de la reducción de la producción y de sus precios mundiales deberán ser:

- a) Incremento directo de la desocupación en las actividades de exportación y, secundariamente, por su impacto en otras actividades productivas.
- b) Disminución más o menos aguda de la capacidad para importar y por lo tanto, limitaciones adicionales a las importaciones de maquinarias y equipos, productos intermedios y productos de consumo final.
- c) Disminución en los ingresos fiscales y fuertes presiones para disminuir el gasto público con la subsiguiente agravación de la situación económica interna. En muchos casos la burguesía trataría de reducir las prestaciones sociales, gastos en educación, medicinas, etc.
- d) Agudas luchas sociales entre los sectores de trabajadores que tratarán de impedir la rebaja de sus pobres niveles de vida y sectores de la burguesía que tratarán de descargar sobre aquéllos el peso de la crisis e incluso aumentar el excedente disponible para llevar adelante el proceso de sustitución de importaciones.

A diferencia de la crisis de 1930, la población directamente comprometida en actividades de exportación es ahora mucho más reducida, ya sea por los enormes aumentos en la productividad de las faenas mineras o bien porque, en general, la agricultura de exportación es en la actualidad una fracción mucho menos significativa del conjunto de la agricultura. Por lo tanto, mientras que en la crisis de los 30 la cesantía fue especialmente notoria en esas actividades y, por esa vía, comprometió a toda la economía. En la actualidad los países dependientes son menos vulnerables en esas ramas.

Sin embargo, como se ha visto antes, la disminución de la capacidad para importar y la reducción de los ingresos fiscales van a presionar hacia la disminución de la actividad económica, hacia los despidos de trabajadores en la esfera productiva y hacia fuertes restricciones, con despidos adicionales, del personal de gobierno. Es difícil, sin estudiar cada caso con cierta profundidad, precisar en qué medida la cesantía puede ser en esta oportunidad diferente de la pasada crisis. Lo que sí está claro es que afectará con mayor fuerza a aquellos países cuya producción industrial esté menos integrada entre sí y con la base de materias primas nacionales. Tampoco puede perderse de vista el hecho de que la proporción de población activa dedicada a

la producción de bienes materiales es cada vez menor, lo que refuerza la idea de que una disminución de estas actividades tiene que incidir ahora con más fuerza que en la década de los treinta sobre las demás actividades.

Desde el punto de vista de mediano plazo, los efectos de la crisis desarticulan los mecanismos de acumulación ocasionando, en una primera etapa, una baja de utilidades en las empresas dedicadas a la exportación y en las ligadas y dependientes de los niveles de actividad de ellas. Igualmente, forzarán a los gobiernos a reducir los programas de inversiones, debido a la disminución de los ingresos fiscales. En resumen, la caída de la actividad económica irá acompañada de un debilitamiento de la inversión real y de las posibilidades de desarrollo futuro. Sin embargo, la restricción de importaciones abrirá nuevos mercados para las industrias existentes y para la instalación de otras nuevas. Es decir, se crean las posibilidades objetivas para un renovado impulso al desarrollo capitalista interno. El que esto pueda o no materializarse depende de un conjunto de otros factores, los que serán analizados un poco más adelante.

Cabe aquí hacer una salvedad conocida, pero no por ello menos válida. Dada la diversidad de los países de América Latina, cualesquiera generalización que tenga que ver con situaciones concretas, específicas, tiene un valor limitado y hay que ponderarla con las características y situación particular de cada país.

En estos términos valdría la pena, para tratar de diferenciar situaciones, dividir a los países de América Latina en tres grupos, cada uno de los cuales presenta características particulares:

1. Países exportadores de petróleo: Venezuela y Ecuador.
2. Países más industrializados: México, Brasil, Argentina, Colombia, Chile.
3. Países menos desarrollados.

Teniendo en cuenta la situación actual, las proposiciones barajadas por los países industrializados y la posición de la Organización de los Países Exportadores de Petróleo, es previsible que estos países sigan teniendo una posición muy especial, en el sentido de que cualesquiera reducción en la producción y exportación de petróleo y derivados sea más que comparada por la reciente elevación de precios.

Estos países, a diferencia de los demás, no confrontarán problemas de balanza de pagos ni restricciones a las importaciones, no obstante pueden tener algunas dificultades de empleo en los sectores de exportación secundarios. Un ejemplo muy claro de esto es el de Venezuela, en el que los ingresos adicionales por el petróleo ascienden a

unos 6 000 millones de dólares y que confronta dificultades en renglones como las exportaciones de café, exportaciones textiles y con otros rubros. Sin embargo, dada su sólida posición financiera pueda subvenir sin mayores problemas la producción de esos bienes y minimizar los efectos sobre la ocupación.

Desde otro ángulo, la crisis económica mundial significa excepcionales dificultades si quisieran aprovechar esos recursos financieros para montar en sus propios países industrias en otras actividades de exportación, puesto que si es difícil entrar a competir en mercados normales, es casi imposible hacerlo en una época de crisis. El modelo más adecuado debiera ser el de un fuerte desarrollo del mercado interno. Sin embargo, como la burguesía no está forzada a hacer los cambios, es muy posible que derrochen los recursos adicionales y que, en definitiva, no logren sino cambios adjetivos. El razonamiento anterior no implica que no haya avances importantes en el sector industrial sino que éstos no serán capaces de transformar el capitalismo nacional en un modelo de crecimiento autosostenido y autónomo. La verdad es que a esta altura del desarrollo y desocupación del sistema capitalista parece extremadamente improbable que algún país que no lo sea pueda llegar a transformarse en un país desarrollado del tipo que hoy son EUA, la República Federal Alemana, Japón o Francia.

Los países más industrializados, menos dependientes de las exportaciones primarias en términos directos de producción y empleo son, sin embargo, muy sensibles a disminuciones de las exportaciones por los efectos que tiene sobre la producción industrial, vía reducción de importaciones de materias primas y de otros renglones. Todavía más, en los casos de México, Argentina y Brasil, que han logrado estructurar un sector exportador en el área industrial, parece evidente que en el futuro previsible deberán encarar caídas significativas en esos rubros por la restricción de los mercados externos. Si se agrega a lo anterior los efectos que seguirá teniendo en las balanzas de pagos de Brasil y Argentina el alza de los precios del petróleo, se configura una situación que no tiene otra solución, dentro de los marcos de la política burguesa, que la depresión económica.

El futuro de estos países estará determinado por la prolongación más o menos larga de la crisis mundial, puesto que si sólo durara seis u ocho años, sería un plazo demasiado corto para introducir reajustes en profundidad. Antes que éstos hubiesen cristalizado se producirían fuertes presiones para volver a la posición inicial. En el caso de que la crisis mundial durara mucho más tiempo se puede pensar en que se desarrolle todavía más el proceso de sustitución de

importaciones, particularmente, en lo que se refiere a bienes de capital. En cualquier caso las burguesías tratarán de buscar los mecanismos para aplastar el movimiento obrero y evitar que las reivindicaciones económicas pudieran entorpecer el proceso de acumulación.

En el caso de los países menos desarrollados, la alternativa es muy tajante: o rompen con el esquema capitalista y, a través de un aprovechamiento racional de las fuerzas productivas existentes y no utilizadas pueden dar un fuerte impulso al desarrollo económico en beneficio de las masas o las clases dominantes impondrán, también en este caso, sólidas dictaduras. En verdad cualquier solución intermedia queda excluida por el hecho mismo de la crisis y de sus implicancias en todos los órdenes.

Por lo demás, la experiencia de los años 30 es sumamente aleccionadora a este respecto.

Indudablemente, las burguesías latinoamericanas tratarán de paliar algunos de los problemas a través del intercambio comercial con los países socialistas y, sin duda, algo lograrán en este sentido. Difícilmente eso pudiera significar algo más que el hecho mismo, es decir, una ampliación de las vinculaciones comerciales a nivel mundial. Creo que es justamente en este tipo de países donde existe realmente la alternativa: o seguir sumidos en la explotación, en la miseria y la incultura o comenzar con esfuerzos y sacrificios a construir una vida más digna y más justa, sobre la base de nuevos valores sociales. Que el desenlace sea uno u otro dependerá de la agudeza que alcance la lucha de clases, de la organización de los trabajadores y de una correcta conducción política. El imperialismo y las clases dominantes son fuertes y poderosos, pero está demostrado que en determinadas circunstancias históricas los pueblos pueden encontrar el camino de la victoria.

SUMMARY: The present depression of capitalist system will deepen till become an acute and long crisis, resulting for Latin America in serious loss in import-export capacity, increasing unemployment and intensified social struggle. This general statements are fitted to particularities of each country.

RÉSUMÉ: La dépression actuelle du capitalisme va s'approfondir jusqu'au point de devenir une crise aiguë et prolongée. Cela aura des conséquences pour l'Amérique Latine: grave diminution de la capacité d'importation et d'exportation, augmentation du chômage et intensification de la lutte sociale. Ces idées générales sont modifiées selon les conditions particulières de chaque pays.